

ARTE

&



LITERATURA

Una visión del maestro Pedronel Gómez.

BONEL PATIÑO NOREÑA*

La primera noticia acerca del maestro Pedro Nel Gómez, la recibimos a través del pontificado de Marta Traba. Hubo una época en que ésta se había abrogado el papel de papisa de las artes plásticas del país. Y prevalida de tal investidura, lanzaba bendiciones y excomuniones, según se le antojara que el artista se acomodara, o no, a los dictados de los patrones estéticos que según su real gana, deberían alinderar a las creaciones de la plástica nacional.

El maestro Pedro Nel Gómez fue su más eminente anatematizado. Y lo grave del asunto radicó en que quienes sólo hemos sido diletantes del arte, nos dejábamos llevar de la mano de quien parecía guardar la llave de las verdades reveladas. Es verdad, también, que a través de ella, descubrimos el mundo de Botero y de Obregón. Aunque pensándolo bien, la genialidad de éstos, y de otros, artistas de nuestra patria, habría acabado por imponerse, con o sin Marta Traba. Pero si es evidente que a los neófitos en materias del arte, nos hizo bastante daño porque, por nuestra misma condición de iniciados, acabamos siendo solidarios con sus amores y desdenes.

Muy tarde vinimos a saber que el denominado arte abstracto del que la dama era tan apasionada difusora, era un artificio de evasión de ciertas y determinadas élites. Sea simplificando el problema, vistos los horrores y las huellas de espanto que dejaron tras de sí las dos últimas conflagraciones en Europa, arte y artistas se sumer-

* Economista, exrepresentante a la Cámara, ensayista y escritor, profesor de la Universidad Central, próxima novela a publicar "*La Trampa del Tigre*", tema sobre la violencia en Colombia.

gieron en una especie de Cultura del Olvido. Se decidió esconder tras un espeso manto de silencio las siniestras realidades de esos días, a contrapelo de lo que en su tiempo hizo el genio de don Francisco de Goya y Lucientes: quien pintó para sus contemporáneos, y la posteridad, las horrendas visiones de su época, para que las gentes no se refugiaran en la capacidad del olvido cómplice.

El arte abstracto, denominación genérica en la que se resuelven todos los ismos que se pusieron a circular, apareció en la escena del arte como un instrumento de escape de unas realidades conflictivas. ¿Cómo, verbigracia, reflejar plásticamente el rictus de desespero y desesperanza de los genocidios de Auschwitz? pues, ese tipo de creación artística, convertido después en una eficaz herramienta de la sociedad capitalista, se transplantó de Europa a nuestro medio como un expedito sistema, así fuere inconsciente, de distracción de nuestros desajustes sociales. Es decir, como un divertimento más de nuestras propias élites.

Y fue a esa concepción del arte al que la señora Traba nos llevó de su mano, con el señuelo de que estábamos emergiendo a formas superiores de expresión en la creatividad. Vale decir que, paradójicamente, había que estimar como una regresión ese arte figurativo que persistía en comprometerse con las ansias colectivas.

Otto Morales Benítez nos redescubre al maestro

En la casona de la Hacienda Don Olimpo, la heredad del doctor Morales Benítez, hay un cuarto y en el cuarto, unas finas reproducciones de acuarelas, autografiadas por el maestro Pedro Nel Gómez. Pues bien, esas reproducciones empezaron a inquietarnos por la fuerza expresiva de las imágenes, en el goce de una plena y madura desnudez. Se trataba de exponentes, como después lo supimos, de su ciclo de las baraqueras. En una de nuestras visitas a la hacienda, el doctor Otto, ante una pregunta sobre esas acuarelas, nos hizo una erúdita exposición sobre la obra del Maestro Pedro Nel, que fue el ábrete sésamo a la solidez de una vastísima creación artística que en América sólo encuentra pares, aún superándolos, en los grandes muralistas mexicanos.

Supimos, por ejemplo, que el maestro Pedro Nel Gómez contaba con mucho más de 2000 metros cuadrados de pintura mural, en donde con una técnica propia, y con una tremenda fuerza de expresión, había inscrito los más palpitantes problemas de la

patria y, aún, de su futuro destino: el problema del hambre, de la lacerante desnutrición de su población infantil, de la violencia política vista antes de que estallara el conflicto, del saqueo de nuestras riquezas naturales, de la construcción en nuestro suelo de un nuevo canal interoceánico, como símbolo de unidad de los pueblos, etc. De modo que, según el testimonio de Morales Benítez, había que considerar al Maestro Pedro Nel Gómez como "El Pintor de la Patria".

Supimos, asimismo, que el maestro había incursionado por todas las técnicas de la expresión plástica, y en todas ellas con singular habilidad y pericia: pintura al óleo, al fresco, a la acuarela, talla en madera, modelado en yeso, escultura en bronce y en mármol. Y que en todas ellas recorre, con irrecusable valor testimonial, la realidad social, económica, política y cultural de nuestra nacionalidad. Y que, por ello, no hace arte "chic": sus desnudos, por ejemplo, no son placenteros si placentero es ese mero artificio de agradar.

Sus barequeras desnudas son la concreción de las mujeres de nuestro trópico; sus esculturas revelan nuestros mitos y leyendas; sus óleos, nuestros paisajes y nuestra gente; sus acuarelas, nuestro paisaje canicular o la dura belleza de nuestras montañas andinas, o la insistencia en los mitos; bien el drama de la violencia, o los movimientos colectivos de nuestra historia, etc. Pero todo ello es intensamente colombiano. Nada hay en sus creaciones que sea trasunto de filiaciones exóticas. En definitiva, su obra es, indefectiblemente, indoamericana e indoamericanista.

De ahí que las gentes colonizadas y alienadas por los fenómenos culturales del Viejo Mundo, no le puedan entender. En tanto que finos exponentes de la cultura europea, de visita entre nosotros, hayan admirado su obra como genuina expresión de nuestra cultura americana. Ahí están los testimonios de Le Corbussier, Rivet y Enzo Carli, entre otros.

Supimos que la mayor parte de su creación plástica, —con excepción, por obvias razones de sus murales y algunas de sus esculturas—, las conserva en su Casa-museo de Medellín. Porque el maestro Pedro Nel, por principio, tal vez sin antecedentes, no vende sus obras. Considera que son propiedad del pueblo colombiano. Que no deben enlucir como rara joya, las residencias particulares de quienes hasta la belleza les sirve para ampararse de los riesgos inflacionarios.

El producto pecuniario de sus obras monumentales lo ha dedicado el artista al sostenimiento de su Casa-museo. Además, en sus frescos murales no ha delinquido en la fidelidad a sus principios: están a la vista del pueblo, contienen su historia y sus ansias; y, por ello mismo, pertenecen a la colectividad. Como son, igualmente, de propiedad comunitaria el cerca de millar de óleos, los dos millares de acuarelas, las tallas y esculturas que reposan en la casa-museo Pedro Nel Gómez, allá en Medellín, de Antioquia, de Colombia, y de América.

Una velada cultural en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

A finales de octubre de 1980, asistimos a la Biblioteca Pública Piloto de Medellín al acto de presentación del libro de Otto Morales Benítez, "*Obra Escogida*", editada por esa institución. En dicha oportunidad se hizo presente en ese recinto el cardenalato intelectual de Antioquia. Debimos a la generosidad espiritual del homenajeado, la identificación de los más prestantes. De entre todos se destacaba la figura de Pedro Nel Gómez.

Tenía un aire de profeta, a pesar, tal vez por ello, de la brevedad de su física condición. Un hecho revelador habría de subrayar nuestra personal impresión: todo aquel que se acercaba hasta el maestro, adoptaba una postura de acatamiento y de respeto. El maestro conservaba entre tanto su hálito de serena grandeza. Aún en el sombrero de anchas alas que tocaba su cabeza; un sombrero asombrosamente feo, pero que el maestro portaba con una dignidad tal que, insospechadamente, se integraba a su personalidad sin deslucirla. Es decir que el sombrero sufría una transfiguración cuando se trepaba a la cumbre de la maestría. . .

En esa memorable ocasión conocimos el fresco que, recientemente, había concluido el maestro Pedro Nel; y situado a la entrada, precisamente, del edificio que alberga a la Biblioteca Piloto. Una obra monumental, comprendida en dos muros en ángulo recto, de 6.5 metros por 2, aproximadamente, que revelaba la potente fuerza de expresión plástica del artista, quien a sus ochenta años conservaba toda la lucidez y el vigor de su creatividad.

Allí en esa obra, en el grupo de destacados personajes de la inteligencia nacional, descuella la humana figura de Otto Morales Benítez. Esta circunstancia dió pie a que quien gobernaba en ese entonces los destinos de Caldas, señora Dilia Estrada de Gómez, presente

en el lanzamiento del libro, anunciara, como retribución de los caldenses al homenaje que Antioquia tributaba a uno de sus más notables exponentes, la edición de una obra, costeadada por su gobierno, y con el título de *“Dos Valores de la Antioquia Grande, Pedro Nel Gómez y Otto Morales Benítez”*.

Obvio es anotar que fue en esa gratísima velada cultural en que vimos, por vez primera, “con vista de ojos”, al maestro Pedro Nel Gómez. Y ya hemos dicho que su humana carnadura tenía el aura de un Profeta Mayor.

El maestro Pedro Nel Gómez en la Hacienda Don Olimpo

Durante cinco días, anteriores al lanzamiento del libro *“Dos Valores de la Antioquia Grande: Pedro Nel Gómez y Otto Morales Benítez”*, el Maestro fue huésped ilustre del doctor Morales Benítez, en su Hacienda Don Olimpo. Allí acudimos en la grata compañía de Héctor López, Jefe de Extensión Cultural de Caldas, y compilador de los textos que integraban la obra, a disfrutar de la física cercanía del maestro Pedro Nel.

A eso del medio día de un soleado domingo, arribamos a la portada de la hacienda. Nos desvíamos de la carretera que conduce a la rica y hermosa región de La Feliza, sobre el río Cauca; y nos adentramos por el carretable que en suave descenso lleva hasta el ameno sitio en donde compite con el sedante paisaje, la amplia y bien dispuesta casona. Al ganar el último recodo que impide la vista de la casa, nos hallamos, de improviso, ante el maestro Pedro Nel, rodeado del místico silencio de los circunstantes. El maestro estaba pintando a la acuarela, la casona, su paisaje inmediato, y el telón de fondo de las montañas andinas. Se destacaba, en el paisaje y en la acuarela, con toda su imponencia, el cerro de los Opiramaes, a cuyos pies demora la población de Quinchía.

Al lado del maestro, don Félix, el viejo administrador de la hacienda, seguía asombrado el proceso de la obra, El otro flanco lo custodiaba Clío, la hija del artista. Un tanto retrasados, pero no tanto que les impidiera la visión de la obra, se hallaban el doctor Otto, el abogado Olimpo, su hijo y compañero profesional, y el escritor Adel López Gómez. Hacia adelante, y con la mira puesta hacia el maestro, el Jefe de Extensión Universitaria de la Nacional, seccional de Manizales, Fabio Rincón capturaba las secuencias de la escena, en cinta fenéptica. Y sobre un terraplén adyacente, en

ventajosa posición, Carlos Enrique Ruiz, Director de la revista *Aleph*, accionaba insistentemente su cámara fotográfica.

El maestro Pedro Nel, sumergido en su labor, no advirtió nuestra presencia. Debió interrumpirse, para hacer las presentaciones de rigor. Según supimos, completaba tres horas, sin solución de continuidad, de ardua labor. Entre tanto, los caballares que don Félix había llevado, en la mañana, a la pesebrera, habiéndose escapado, pastaban libremente en el potrero cercano. El doctor Otto así lo hizo notar con su proverbial discreción. Don Félix, quien nunca se permitía esas licencias, musitó, con respeto: Sí, doctor Otto! Pero continuó embargado en la contemplación de la obra.

Luego, la hora del condumio. Después, las horas de gratisimo coloquio. Hacia eso de las tres de la tarde, y sin parar mientes en la inclemencia del sol canicular, el maestro se empeñó en continuar con su trabajo. Tres horas más en su batallar con los juegos de luces, clarosucros, luminiscencias y colores. Y al final de la jornada, una impresionante obra como testimonio de la maestría y su disciplina profesional.

En la noche, en el amplio corredor de la casona, —presididos por los agrestes rumores, medio sinfónico, y la pacífica lasitud ambiental—, el doctor Otto le daría cuerda a un prolongado soliloquio del maestro, que interrumpíamos sólo a trechos, con nuestros interrogantes, como para hallarle un escape a nuestras propias perplejidades en torno al creador y sus creaciones.

Quizás la frase más sabia, por lo intensamente admirativa, profesada en ese domingo, se la debemos a don Félix, el mayordomo: “¿Si observó, doctor Otto, que el maestro pinta sin la ayuda de la regla?”. En su sugestiva elementalidad, era el modo como el viejo campesino tributaba su admiración a la maestría del artista que había recreado la visión cotidiana de su propio paisaje.

El maestro Pedro Nel, el pintor de la Colombia mestiza

En su libro *Los Negroides*, el filósofo antioqueño Fernando González se duele del hecho cierto que nuestros mejores hombres se han perdido al contacto con la cultura europea. “Todo el que aprende a leer en Suramérica, se avergüenza de ésta y de sí mismo y de sus padres; sí es rico y viaja por Europa, gasta demasiado y simula vicios y lujos para hacerse perdonar su origen; sí político,

extrema las prácticas europeas. Guzmán en Venezuela, y Núñez en Colombia, fueron rastaceros insignes”, sentenció, con mucha rabia y despecho interior, el escritor.

Pues bien, Pedro Nel Gómez, de Anorí (Antioquia), el hijo del doctor Jesús Gómez y doña María Luisa Agudelo, estuvo en las europas cerca de seis años y medio. Pero no en plan de imitación sino de consolidación de su identidad indoamericana. Ni París, ni Florencia, sobretodo Florencia, pudieron colonizar su mente.

“El problema mío fue entender a fondo los principios de una cultura avanzada, en los museos de Florencia, Venecia y Roma. No era mi intención el convertirme en un mero copista. Por ejemplo, me interesé por estudiar cuidadosamente el fresco. Pero no el fresco como técnica, nunca pregunté cómo se hacía. A mí lo que me inquietó fue el porqué pintaron el fresco”, nos advierte el maestro Pedro Nel.

De modo que a su regreso de Europa, el artista, sin que se hubiera contagiado de los ismos en boga, recomenzó su labor de creación subrayando la personalidad americanista, en la temática y en la composición. “Yo no tengo la sensibilidad de un Manet, un francés de tradiciones europeas; ni la sensibilidad de Renoir, de los impresionistas. Cómo pueden creer que yo pueda traer la sensibilidad de un florentino. Eso no. Eso es otro mundo. Yo tengo una sensibilidad que es hija de estos soles. La medida fotométrica, por ejemplo, de la luz y de la sombra en Colombia es de uno a diez y siete; y en Europa, de uno a cinco o seis. De modo que aquí es otra cosa, otro mundo”, nos sentencia el maestro como reafirmación del carácter autóctono de su obra.

Una anécdota, suficientemente reveladora, nos dice de qué manera sus creaciones, intérpretes de nuestra Colombia mestiza, conmueve y agita las mismas entrañas de la sensibilidad popular: una anónima mujer paseaba por los predios de la Universidad Nacional de Medellín, en donde se custodia una de las obras fundamentales del artista. Nos referimos a El Tótem de los Mitos de la Selva, conjunto de siete figuras humanas y cuatro animales, dispuestos en cinco grandes bloques de mármol, que representan a su vez, los exponentes más notables de nuestra propia mitología popular. Al hallarse, de súbito, la mujer ante la primera de estas representaciones, izó al aire a sus dos hijos a quienes conducía de su mano; y embargada de intensa emoción, les dijo: Es la Patasola ¡Miren, es la Patasola!

Pedro Nel Gómez: El pintor monumental de frescos idem

Medellín de hoy y del futuro, deberá recabar un título que la cubrirá de gloria. Es la ciudad que en Suramérica cuenta con el mayor haber de metros cuadrados de pintura mural al fresco. Y esa marca indeleble se la debe al maestro Pedro Nel Gómez, quien incorporó a su credo estético el concepto que la pintura mural, así fuere de complejísima elaboración, es la técnica que permite llegar más a las fibras populares, porque no es creación para recintos cerrados sino que, fundamentalmente, permanece a la vista de todos. "Yo tenía que pintar lo que ha sucedido en este país. Cómo es el hombre de aquí, que no tiene que ver con el europeo. Lo nuestro es el producto de un mestizaje: aquí no vinieron a torrentes las españolas, sino una que otra, de milagro. De modo que aquí tenemos una cultura mestiza, asentada en esa especie de mediterráneo de la alta cultura que se extiende desde México hasta nosotros. Obsérvese que Ecuador y Bolivia son predominantemente indígenas, en tanto que Chile y Argentina son europeos. Nosotros somos la más auténtica cultura mestiza. Eso es lo que fundamentalmente, se evidencia en mi obra".

Por los murales del artista, desfila la historia, la idiosincracia y los problemas del pueblo colombiano. Ya lo habíamos anotado. Ahí está, verbigracia, su fresco en que exalta el levantamiento de los Comuneros en Guarne. Es un valioso rescate de un acto colectivo que estaba perdido para nuestra historia; y que viene a demostrar que ese movimiento no fue un hecho aislado de rebelión, en los Santanderes; sino que en todo el virreinato, en su pueblo, había clara noción de destino de la nacionalidad. "Para mí la República nació allí, por una razón que es casi una tradición clásica: cuando se produce un descuartizamiento humano, ese es el preaviso de una enorme conmoción. Esa fue la independencia", nos dice el artista.

O están sus murales sobre el desarrollo económico de la nación; o los problemas de la desnutrición y del hambre, y de la vivienda para el pueblo; o los momentos críticos de la historia de nuestro país; etc. Por esta razón, repitámoslo por enésima vez, Pedro Nel Gómez no llega, no puede llegar, a aquellos cenáculos que distraen sus ocios, *il dolce far niente*, con el arte y los artistas de evasión.

Aún más, para la ejecución de sus murales el maestro Pedro Nel se ingenió su propia técnica, distinta, en varios aspectos esenciales, a la empleada por los maestros del renacimiento. Es tarea bastante

difícil, sino imposible, para un lego como nosotros, el describirla. Pero sí podemos adelantar que los frescos del maestro Pedro Nel cuentan, por ejemplo, con una resplandeciente capa cristalina que le da a la obra una apariencia perfectamente lisa. El secreto de este hallazgo está en la forma como el artista prepara la cal de sus frescos, de modo que el hidróxido de calcio soluble emerja, en forma de sudor, desde el fondo a la superficie del mural, y forma, al extenderlo, un brillo protector. Ya Rivera, el muralista mexicano, había dicho que el maestro Pedro Nel Gómez “era un constructor en las ideas y en la técnica”.

El maestro Pedro Nel Gómez y sus desnudos

El padre del artista ejerció, en varias etapas de su vida, la minería. Llegó a tener bajo su mando más de 500 barequeros, quienes se sumergían en el río Nechí, en plena desnudez o cubiertos con un brevísimo taparrabos, a la caza del oro esquivo. Esas visiones infantiles y de la adolescencia ejercieron, a su vez, profundas y poderosas influencias en la obra del maestro Pedro Nel. No es un despropósito afirmar que la mayor parte de sus creaciones de la figura humana, están concebidas en el goce de una plena y total desnudez. Ya el maestro había advertido que “cuando la mujer y el hombre se visten, principian a señalar una afiliación a la moda, a un grupo económico, a las demandas regionales del vestido. Es algo que los somete. La desnudez es el principio de la total libertad”.

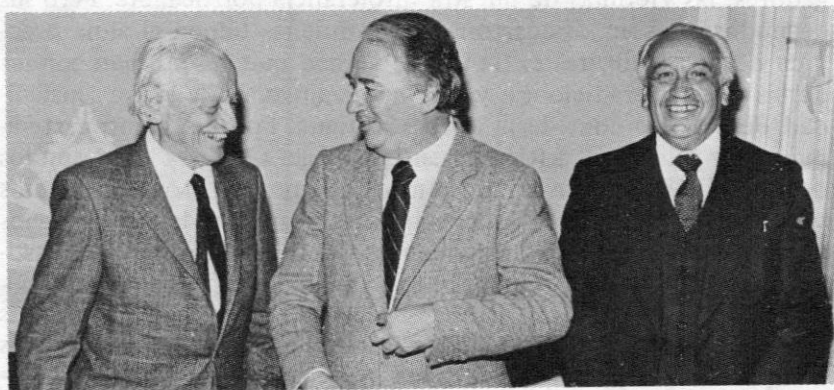
Ahí están, pues, sus barequeras desnudas. Como desnudos están los comuneros amotinados; las figuraciones de nuestros mitos vengadores; las víctimas de nuestra intolerancia política, etc. Pero sus desnudos no son los acartonados de quienes tienen el alma prendida de otras culturas extrañas. Es verdad que desentonan con los de las clásicas tradiciones; y que no se ajustan a la suave sensualidad de los desnudos de la Grecia Antigua. Porque, como certeramente lo afirma el crítico argentino Angel Guido, “los desnudos de Pedro Nel están inspirados en los cuerpos de bronce de indios y de indias, mineros y mineras que trabajan semidesnudos en los aluvionales de los ríos antioqueños. Cuerpos deformados y castigados por el hambre, el paludismo y la injusticia. No hay concesiones apolíneas. Nada de cánones preestablecidos ni de secciones áureas. Un vértice de drama y de tragedia es el nervio que agita los cuerpos de sus personajes míticos, con sus semblantes somáticamente no griegos, por supuesto, sino indígenas y mestizos con el gesto fatalista del drama americano”.

Epílogo

Estos apuntes son el producto de la profunda admiración de un converso, que ha sentido la herencia artística del maestro Pedro Nel que, enantes, no le dejaban percibir los preconceptos, y los juicios interesados de los extranjerizantes. No son, pues, disquisiciones de experto. Sólo las emociones del catecúmeno. Del iniciado, que se acomoda a la misma recomendación del maestro: “. . . No se deben explicar las obras artísticas para que cada cual las sienta, las comprenda con sus propias inquietudes que pueden ser nacidas en el fondo de sus herencias culturales, y tal vez cercanas a la creación del artista”.

Finalmente, es imposible resistir la tentación de transcribir, para cerrar, como dice el expedito lugar común pero esta vez sí de verdad, con broche de oro, una rotunda afirmación proferida por el maestro en el decurso de nuestra entrevista en la hacienda Don Olimpo. Y que, a nuestro parecer, sintetiza de modo perfecto la razón de ser de su vocación para el arte:

“. . . Le decía que había llegado a Holanda, pasé luego a Francia, conocí el espíritu francés, y esas francesas tan bellas. Luego fui a Italia a vivir entre monumentos y, en fin, conocer a Italia. Bien, de esos viajes saqué el concepto que, por ejemplo, en Venecia, el retrato de un dogo era el retrato de un veneciano, de esos jodidos negociantes. . . conclusión de todo ello: me vine a estudiar las selvas, las montañas, los ríos, los mares, las gentes nuestras, ver si lograba pintar a Colombia”.



De izquierda a derecha: el Maestro Pedro Nel Gómez, el Presidente de la República, doctor Belisario Betancur y el doctor Otto Morales Benítez. (1984).